

## Creer cuesta

Jennifer Cooper<sup>1</sup>

Universidad Nacional Autónoma de México  
(UNAM-CdMx)

### Resumen

Los viajes implican la reubicación geográfica, como consecuencia, a menudo van acompañados de otro tipo de viaje interno del viajero y viajera, el de un cambio en la percepción y dislocación como resultado de lo que él o ella experimenta y las personas con las que se involucra en el camino. En este artículo exploro cómo se reconstruyó mi identidad como resultado de un viaje que finalmente me llevó a emigrar a México desde Australia. Reflexiono sobre mi inmersión gradual a la Facultad de Economía de la UNAM, en México, así como sobre la crisis de identidad resultante, mientras que crucé, inesperadamente, fronteras no solo culturales, sino también de clase.

*Palabras clave:* Movimiento 68, exilio, UNAM, mujeres en México

### Crescer custa

#### Resumo

As viagens envolvem a relocação geográfica e como consequência elas são freqüentemente acompanhadas por outro tipo de jornada interna do viajante, a de uma mudança na percepção e deslocamento como resultado do que ele ou ela experimenta e as pessoas com que se envolve no caminho. Neste artigo, exploro como minha identidade foi reconstruída como resultado de uma viagem que finalmente me levou a emigrar do México para a Austrália. Refleti sobre minha imersão gradual na Faculdade de Economia da UNAM, no México, bem como sobre a resultante crise de identidade, enquanto cruzava, inesperadamente, não apenas fronteiras culturais, mas também de classe.

*Palavras-chave:* Movimento '68, exilado, UNAM, mulheres no México

### To grow is taxing

#### Abstract

Journeys imply geographical relocation, consequently they are often accompanied by another type of voyage within the traveler, that of a shift in perception and dislocation as a result of what he or she experiences and the people with whom she engages on the way. In this article I explore how my identity was reconstructed as the result of a trip which eventually led me to migrate to Mexico from Australia. I reflect on my gradual immersion in the Faculty of Economics at the National Autonomous University of Mexico (UNAM for its initials in English), as well as on the resulting identity crisis, while I crossed, unexpectedly, not only cultural borders, but also those of class.

*Key words:* Student movement 68, exile, UNAM, women in Mexico

---

<sup>1</sup> Mtra. en Economía, UNAM. [cooper@unam.mx](mailto:cooper@unam.mx)



Llegué a México por primera vez en diciembre de 1968, como vil turista, junto con dos amigas de Australia. Sin asomo de vergüenza, por no hablar español y tampoco porque nuestros niveles de ignorancia eran grandes respecto a México y América Latina en general; hasta me siento asombrada ahora de cómo pude ir a un país tan lejano del mío teniendo tan poca idea de cómo era, en aquel momento, ese lugar al que llegaría, y eso que yo era la más informada de nuestro trío, porque estaba enterada, por ejemplo, de que el Che Guevara luchaba en Bolivia, y de que había ocurrido una revolución en Cuba en los cincuenta. Ignorábamos el trauma que la mayoría de los estudiantes de la UNAM estaban viviendo después de la derrota del movimiento estudiantil de 68. Nosotras la pasábamos bien –fiestas, cantinas, discotecas, pirámides, museo de Antropología, Xochimilco, en fin *wonderful Mexico*.

Durante aquella primera visita, no tengo claro cómo, pero llegamos a la cafetería de la Facultad de Economía en la UNAM. A las tres nos impactó ver a unos estudiantes (hombres) agitados y enardecidos arengando a los comensales. Obviamente –pensamos– algo terrible había pasado, pero como no entendíamos nada y no pudimos preguntar, nos quedamos mudas e ignorantes.

Ni en sueños hubiera podido imaginar que regresaría a México en 1973 y estudiaría Economía Política en la UNAM y trabajaría en esa misma facultad, durante cuarenta años. Tuve una vida académica que dio muchas vueltas, inspirada y enriquecida por intelectuales mexicanos y los exiliados chilenos, argentinos y bolivianos a México en los setenta. Los militares les llamaron “agentes de la subversión apátrida”, pero en la UNAM, o por lo menos en la Facultad de Economía, les recibimos como héroes y sobrevivientes de una guerra. Qué privilegio tuve de tener a algunos de ellos como Maestros, compañeros de clase y eventualmente, amigas y amigos.

### El reto

Dado que cumplía con el estereotipo de la *Miss*,<sup>2</sup> ser joven, pelo rubio, ojos azules, y extranjera, fui contratada en la Facultad de Economía como maestra de inglés para impartir clases de comprensión de lectura al alumnado de la maestría. En apariencia mi nombramiento había sido fuente de controversia y tensión. La línea divisoria se levantaba entre quienes consideraban que aprender inglés era una forma sutil de penetración imperialista y, en consecuencia, la mayoría de los maestros de inglés eran sospechosos de pertenecer a la CIA o, en el mejor de los casos, eran ingenuos colonizadores, y, por otro lado, aquellos que consideraban que el inglés, para bien o para mal, se había convertido en una lengua universal. Yo era ajena a estos debates, y simplemente me presenté a trabajar una mañana de junio de 1973.

Un día estaba sumida en mis pensamientos, en mi oficina mirando por la ventana, maravillada ante la resiliencia que las azules jacarandas del estacionamiento mostraban frente a la contaminación, cuando alguien tocó a mi puerta, siempre cerrada con llave como medida de seguridad. Al abrirla y bajar la mirada, vi a una mujer alta, de hermoso cabello negro flotando sobre los hombros y unos labios grandes y pintados de rojo brillante, sentada en una silla de ruedas. Detrás de ella venía un colega que sostenía las manijas de la silla, quien me dijo.

---

<sup>2</sup> Nombre que usualmente se les da en las escuelas privadas a las maestras de inglés en México.





“Te presento a Mercedes Urriolagoitia, recién llegada de Bolivia. Va a compartir este cubículo contigo; mañana meteremos otro escritorio”, me dijo.

Eché una rápida mirada alrededor, sin poder imaginar, por más que me esforzara, cómo podría caber otro escritorio en mi oficina, sin embargo, sofoqué la idea cuando Mercedes me dedicó una sonrisa amplia y amistosa. En mi vacilante español mascullé un nervioso “mucho gusto”.

### Silencio incómodo

Al principio compartimos la oficina en medio de un silencio incómodo, en parte debido a mi limitado español, pero también a la renuencia de Mercedes a pronunciar una sola palabra en inglés, la lengua del imperialismo yanqui para ella, aunque después de la segunda semana se aventuró a decir “*gud mornin*”. La barrera lingüística no era lo único que producía el golfo entre nosotras. Mercedes era integrante del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR);<sup>3</sup> y poco a poco comprendí que era una especie de *gurú* político. Recibía llamadas telefónicas constantemente, a las que respondía con pasión, y jóvenes estudiantes siempre llamaban a la puerta para pedirle consejo sobre alguna estrategia política (“estrategia política” y “*political strategy*” en inglés, era sencillo de descifrar).

Mercedes era la militante marxista-leninista arquetípica de Bolivia en los setentas, generosa con su conocimiento y comprometida con la revolución, 24 horas del día, 7 días de la semana. Hugo Banzer reprimió a su partido brutalmente a principios de los años setenta, y Mercedes fue encarcelada y luego traída a México por la Cruz Roja Internacional cuando la gangrena empezó a apoderarse de sus piernas.

Compartíamos el teléfono y, aunque mi español todavía era defectuoso, un día, al abrir la puerta paré en seco porque escuché a Mercedes decirle a quien estuviera en la línea:

“Esta hippy feminista (obviamente hablaba de mí) no sabe lo que es un análisis de clase; cree que todas las mujeres pueden ser hermanas. Parlotea que todas las mujeres del mundo deberían unirse, ... no se le ocurre que la lucha de liberación de las proletarias no puede ser igual a la lucha las mujeres burguesas...”

Con un tono desesperado terminó diciendo: “Qué ingenuas políticamente pueden ser estas hippies gringas.”

Ya no pude soportar más, abrí la puerta de par en par y me tiré en la silla junto a mi escritorio, enfurecida y espetando como para mí: “No soy gringa soy AUS-TRA-LIA-NA, de donde son los canguros”. Siempre tenía que añadir la parte de los canguros, ya que frecuentemente la gente pensaba que era de Austria.

<sup>3</sup> El MIR se fundó en 1972, producto de la fusión de la facción de izquierda del Partido Demócrata Cristiano de Bolivia, y el ala estudiantil radical del Movimiento Nacionalista Revolucionario. El MIR comenzó a influir sobre el movimiento laboral y la política a principios de la década 1970; posteriormente el gobierno de Hugo Banzer lo reprimió.



Estaba a la defensiva y muy enojada. “¿Hippy yo? ¿Políticamente ingenua? Había cruzado la mitad del mundo en barco, de Sídney a Londres, para llegar por último a México con un comité ad hoc de Amnistía Internacional, a favor de los presos políticos de la rebelión estudiantil de 1968. Nuevamente pensé: “Cómo se atreve a clasificarme de ingenua.” Yo seguía murmurando para mí misma, “¿Qué ella no sabe que incluso Clara Zetkin dijo que, al interior de la familia, el esposo representa a la burguesía y la esposa al proletariado?”

Un incómodo silencio reinó y entonces enterramos nuestras cabezas cada quién en su libro, espalda contra espalda. Ella apenada, y yo confundida y molesta. Las palabras en la página delante de mí se volvieron un borrón negro; no me podía concentrar mientras me planteaba una serie de preguntas y me las respondí a mí misma en silencio.

¿Por qué me considera una boba en lo político? ¿Por qué me desdeña?  
 ¿Quizá ella tiene razón y yo estoy equivocada?  
 –Sí Jennifer, siempre te han acusado de ser ingenua, seguro, tienen razón.

¿Por qué tantos estudiantes acuden en manada a sus clases si ella está equivocada?  
 ¿Por qué tiene parálisis y está en una silla de ruedas?  
 Quizá fue guerrillera con el Che.

No tenía idea de que esta mujer, una exiliada boliviana en silla de ruedas y que me desdeñaba, tendría, con el tiempo, tal influencia sobre mi vida. Me alentaría a estudiar economía política y me ayudaría a interpretar a Marx. Gracias a nuestro contacto cotidiano, yo comenzaría a entender qué valiente y vulnerable era ella. Quizá fue esto lo que finalmente nos permitió ser amigas.

Su vulnerabilidad se debía a su movilidad restringida. En los años setenta no existían teléfonos celulares, y nuestra oficina estaba en el tercer piso de un edificio que, a la fecha, no tiene ni ascensores, ni rampas, para gente en silla de ruedas. A veces encontré a Mercedes sentada en el estacionamiento intentando llamar la atención de alguien para que la subiera por las escaleras hasta el tercer piso. Aprendí que si se ponía la silla en reversa y la persona jalaba desde atrás con cuidado, el golpeteo era menos doloroso y dañino para su coxis.

Hasta el día de hoy, aún no se dispone de acceso para silla de ruedas en la que ahora es mi facultad, aunque a menudo tenemos conferencias sobre igualdad y la desigual distribución del ingreso. Sin negar la importancia de lo económico, frecuentemente, cuando utilizamos los marcos de igualdad actuales, quedan excluidas poblaciones enteras, se omiten dimensiones enteras de la existencia humana. La igualdad es una cuestión de trato igual e iguales oportunidades, pero también de tener vidas que se consideran de la misma valía que las otras, así como de poder ejercer las libertades del cuerpo. Eso incluye a las personas destinadas a moverse en sillas de ruedas o que tienen otros tipos de discapacidades, ellas deben tener libertad de movimiento y de acceso. ¿Quién tiene la libertad de moverse en las calles? ¿Quiénes tienen la libertad de moverse con seguridad en la calle sin que les disparen, sin que se les acose? Las respuestas a estas preguntas también revelan aspectos de la desigualdad.

Las personas que no tienen acceso a lugares públicos, incluyendo baños, ¿cómo puede





tener vida pública y ejercer sus derechos ciudadanos como los de votar, a reunirse, a protestar, o incluso sólo a pasear por las calles de su ciudad una tarde de domingo? Aunque Mercedes siempre colocó “la causa” por encima de sus propias necesidades, y jamás se quejó ni habló sobre su condición, comencé a reflexionar sobre la importancia de expandir el concepto de igualdad al ver los enormes obstáculos que Mercedes debía superar para poder tener una “vida pública”.

Con el tiempo Mercedes y yo incluso pudimos hablar del mito del orgasmo vaginal (un libro “de cajón” de las feministas del occidente en los años setenta), así como de las dificultades para tener relaciones sexuales para aquellas personas con parálisis. Logramos esta intimidad con el tiempo, de manera muy tentativa al principio, así como de manera incidental, resultado de nuestra participación en la organización del Año Internacional de la Mujer, que nos permitió disolver nuestras barreras ideológicas.

### Domitila

En 1975 se llevó a cabo en México la primera reunión intergubernamental mundial sobre la mujer. El partido político de Mercedes deseaba utilizar este Foro para denunciar la represión del gobierno de Banzer en Bolivia. Su partido le asignó la tarea de presentar y promover a Domitila<sup>4</sup> esposa de un minero, y cuidar de ella en México; Mercedes me invitó a acompañarla.

La organización de este evento y la preocupación común por la seguridad de Domitila rompió el hielo entre Mercedes y yo. La tensión se disipó gradualmente mientras nos ocupamos de la seguridad y logística de la visita de Domitila, y nos encontramos conviviendo lejos de los confines de nuestro cubículo.

Una compañera de Mercedes, la antropóloga brasilera Noema Viezzer, entrevistó a Domitila Chungara por horas y tuve el privilegio de estar presente en varias de estas entrevistas, ya que me había convertido en la acompañante-chofer de Mercedes. El libro que resultó de las entrevistas, *Si me permiten hablar* (2004), es una interpelación al feminismo de aquella época. Escuchar a Domitila en persona fue impactante. Me permitió entender que las narrativas tienen la posibilidad de mantener el orden, o de subvertirlo.<sup>5</sup>

### Un giro en mi viaje

Mi trayectoria académica tuvo un hito cuando decidí presentar, en 1982, el examen de admisión para estudiar la maestría en Economía, y lo aprobé. Por fin pude deshacerme de la etiqueta de ser la *Miss*, la maestra de inglés. Sería una decisión crítica para mi vida académica y personal en la Facultad.

---

<sup>4</sup> Domitila fue esposa de un trabajador minero boliviano de la mina Siglo XX, quien además de sufrir los rigores de la vida minera, llena de carestía, también vivió todo del rigor de la represión por sus ideas políticas.

<sup>5</sup> En palabras de la autora, tomadas del prefacio al libro *Si me permiten hablar* “No es un monólogo de Domitila consigo misma lo que presento aquí. Es el resultado de numerosas entrevistas que tuve con ella en México y en Bolivia, de sus intervenciones en la Tribuna, así como también de exposiciones, charlas y diálogos que desarrolló con grupos de obreros, estudiantes y empleados universitarios, habitantes de barrios populares, exiliados latinoamericanos residentes en México y representantes de la prensa, radio y televisión.”





En México el marxismo de los setenta nace en las marchas y en el fulgor del movimiento de los estudiantes de 1968, y fue "...un marxismo invasor de espacios, heredero de muchos dogmas y portador de revelaciones importantes y ocurrencias nacionales." (Domínguez Michael, 1983, p. 3). En este clima el marxismo y los marxismos permearon la curricula de la UNAM. Nuestros maestros exiliados del sur se adherían al pensamiento de Raúl Prebisch y su "Teoría de la dependencia, del centro-periferia"; también nos explicaron concienzudamente la teoría del intercambio desigual del economista Arghiri Emmanuel.

Las teorías de la dependencia tendrían un impacto personal e impredecible sobre mí debido a un incidente que sucedió en una memorable fiesta de la Facultad, en la que bailamos al ritmo de Willie Colón y cantamos canciones de la Nueva Trova Cubana. Nos sabíamos de memoria la canción del Unicornio de Silvio Rodríguez, con su invitación a que quien pudiera reconocer un unicornio azul perdido –metáfora de la búsqueda de la utopía– se pusiera en contacto con él.

Me había sentado, exhausta, por haber bailado salsa lo que demandaba toda mi concentración, porque el ritmo era nuevo para mí, y diferente al rock, cuando, de la nada, un colega que había bebido varios tequilas de más, se bamboleó en mi dirección y me gritó en la cara,

"Eres una burguesa, imperialista del primer mundo"

"Estas borracho," respondí y volteé mi cara para ver a la gente que bailaba

"No te hagas, claro que entiendes, hueles a burguesa" me acusó.

De repente se formó un grupo de colegas y estudiantes en torno mío, algunos asentían moviendo ligeramente la cabeza. Otros, deseosos de no envenenar el alegre ambiente, le dijeron que se callara y me explicaron que se trataba de un "mala copa". Lo escoltaron al otro lado de la habitación, pero su acusación una vez más había tocado una fibra sensible en mí. Esta vez con pesar. ¿Sería yo siempre alguien de fuera? ¿Qué había hecho para molestar tanto a alguien?

La parálisis mía duró un minuto o menos, respiré y las palabras salieron atropelladamente de mi boca. Mi tono era fuerte y mi resentimiento tal por sus acusaciones injustas, que no me importó si utilizaba el subjuntivo en español de manera correcta o no.

Le grité, "¿Qué quieres decir cuando me llamas imperialista? No sabes nada, mi padre era trabajador ferroviario y organizador sindical, mi madre trabajaba en una fábrica de ropa. Jamás he explotado a nadie, ni siquiera tengo una muchacha que trabaje en mi casa como tú".

Quería guardar mis palabras porque me percaté que le había ofendido pero no pude y con un tono despectivo le reté, "¿Qué fácil e infantil es culpar al extranjero cuando tu enemigo está adentro, tu propia clase gobernante!"

Mercedes me defendió diciendo que el compañero tenía que estudiar el concepto de explotación con mayor profundidad: (Jenny no ha explotado a nadie; vive de su salario y no tiene inversión alguna en México).





El colega replicó: “Ella ha venido a México a probar peyote y a escapar de su aburrida existencia burguesa en Australia.”

La ira que se desató en mí me sorprendió y a la vez me avergonzó; alguien me tomó del brazo para bailar. La música estaba con un volumen muy alto y era pegajosa; mi pareja giraba y se contoneaba. Intenté hacer lo mismo. La hiriente acusación de ser burguesa la olvidé por un momento, mientras escuchaba y me movía poco a poco al nuevo ritmo, para mí, de la cumbia. Me encantaba aprender a bailar al son de estos nuevos pasos.

### **Empatía versus culpa**

Aunque sentí que me había defendido elocuentemente en dicha ocasión, una irritante culpa aún se cernía sobre mí debido a que había ofendido a un compañero y sabía que él repetía las teorías que estudiamos de Arghiri Emmanuel quien decía que la miseria del sur subsidia el buen vivir del norte. Aunque Australia es un país del sur en términos geográficos, y su economía tiene rasgos en común con los del tercer mundo –respecto a la predominancia de sus exportaciones de materias primas– yo me puse el saco, convencida de ser responsable de la mala fortuna de los obreros mexicanos.

Una canción popular en aquellos tiempos, “La maldición de la Malinche” me hacía encogerme y desear tener un escondite, en especial con las líneas que dicen:

Hoy en pleno siglo veinte, nos siguen llegando rubios  
y les abrimos la casa  
y les llamamos amigos  
Pero si llega cansado  
un indio de andar la sierra  
lo humillamos y lo vemos  
como extraño por su tierra.

Y especialmente con esta estrofa:

Tú, hipócrita que te muestras  
humilde ante el extranjero  
pero te vuelves soberbio  
con tus hermanos del pueblo.  
Oh, maldición de Malinche,  
enfermedad del presente  
¿Cuándo dejarás mi tierra?  
¿Cuándo harás libre a mi gente?

Por el sentimiento de culpa que esta canción dejaba en mí le di vueltas a la idea de cambiarme el nombre por el de Juanita, y teñirme el cabello de negro. ¿Sería entonces menos conspicua?





Pero yo no había hecho nada malo, ¿era pecado haber nacido en el primer mundo? Tenía imágenes de mi padre vendiendo el periódico del Partido Comunista afuera de la estación ferroviaria, bajo la lluvia, en Sídney, aparentemente inmune a los comentarios ofensivos que le lanzaban. Su compromiso con la abolición de la política de una Australia blanca –así como con la ayuda a nuevos inmigrantes a este país– era genuino y desinteresado. Mi madre era creyente metodista mi padre, miembro del Partido Comunista; ambos eran humanistas hechos y derechos. Desde ángulos diferentes, la postura de ambos ante los nuevos inmigrantes a Australia y los refugiados detenidos en embarcaciones, siempre era de bienvenida ya que nos decían “se podría tratar de nosotros; sólo es cuestión de suerte”. Ese tipo de empatía, que derrumba los muros que erigimos para mantenernos sanos y salvos, puede ser muy dolorosa, pero sin duda se trata del tipo de razonamiento que requerimos hoy para aliviar las penurias de los refugiados y los trabajadores indocumentados.

Por supuesto, la empatía no es suficiente. Aún ahora debemos hablar sobre el capitalismo; resulta imposible participar en cualquier conversación seria sobre igualdad o desigualdad en un mundo globalizado, sin tocar el tema. La globalización ha expuesto las condiciones de la clase obrera en el sur; el libre comercio hace más imperativo que nunca convocar a la unidad mundial de la clase obrera, que debe ampliarse conceptualmente para incluir las demandas de las trabajadoras, el precariado, los discapacitados, los homosexuales, los negros, los indígenas, los refugiados, los trabajadores indocumentados donde quiera que se encuentren. ¿Cómo podemos comprender las necesidades mutuas y unirnos para mejorar este mundo? No existen respuestas fáciles. Busco entre los teóricos que estudiamos entre los años setenta y ochenta, pero no los encuentro.

La vida lleva la cuenta de las decisiones que no tomamos y de las que tomamos. Sólo puedo concluir que mi decisión de salir de Australia, de estudiar economía política en México y terminar dando clases en la especialidad de “Género en la economía”, en la UNAM, ha sido una experiencia demoledora: un viaje interior que a veces quise dejar.

Hubo momentos cuando me hallaba descentrada, y de haber perdido el rumbo en este nuevo espacio; para el inmigrante, igual que para el refugiado y el exiliado, el dolor del desarraigo nunca se va del todo. El aprendizaje del nuevo idioma y prácticas culturales te puede humillar y abrumar, pero también estas experiencias abren la posibilidad de regenerarse y palpar una vida floreciente, siempre y cuando existe la búsqueda de la empatía por “el otro” y “la otra”. Reemplazar la culpa por la empatía me ha permitido seguir disfrutando esta aventura en México.

## Referencias

- Bochner, A. y Ellis, C. (2016). *Evocative autoethnography: Writing lives and telling stories*. New York, NY: Routledge.
- Domínguez Michael, C. (1 de octubre de 1983). Los marxismos mexicanos. *Nexos*. Recuperado de <https://www.nexos.com.mx/?p=4243>
- Viezzler, M. (2004). *Si me permiten hablar...”: testimonio de Domitila una mujer de las minas de Bolivia*. México, México: Siglo XXI.

